

EMILIO BOBADILLA

Á los que no conocen de *Fray Candil* sino las sátiras y las críticas, les extrañará ver su nombre en una antología de cuentistas; pero los que han leído todos sus libros, los que saben que no sólo es un analizador pero también un artista, comprenderán que una obra como la presente estaría incompleta sin una página suya. Además de ser un narrador de talento, es el tipo más perfecto de esos literatos inquietos y casi neuróticos que tanto abundan en nuestra época, y que tantas perversidades encantadoras han producido ya.

LA VEJEZ DE UN JOVEN

(APUNTES PATOLÓGICOS)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I.

Llovía y el viento soplaba de firme. Leopoldo, á través de los cristales de su balcón, se entretenía en ver el pugilato de paraguas, unos azules, de hinchada vela; otros color de ala de mosca, con el vientro agujereado y el varillaje salido de la tela, que se embesaban, arremolinándose, en la calle. Reía porque el paraguas de una vieja, vuelto del revés, derribó la chistera de un transeúnte que corría á guarecerse en un portal.

— Buenas tardes — rebuznó el patrón entrando en el cuarto de Leopoldo. — Cuidado si llueve. ¿Está usted desocupado? — Usted dirá. — Pues lo de siempre. ¿No puede usted darme algo á cuenta de los tres meses que me debe? — Ni un céntimo — contestó Leopoldo desabridamente, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

El patrón era un hombre gordo, colorado, de re-

gular estatura. Frisaba en los cincuenta años y andaba siempre á medios pelos. Había leído la *Historia de España*, de Lafuente, y el *Quijote*, que citaba á menudo trabucándole. Él mismo se comparaba con el hidalgo manchego. — Soy *mu* cuerdo en cuanto no me tocan los libros de caballería, quiero decir, lo que me deben. — D. Cándido — que así se llamaba — sentía por Leopoldo cierto cariñoso respeto. Le tenía por hombre *mu leído y mu listo*. Á ser otro Leopoldo, le hubiera puesto de patitas en la calle. — Y la novela, ¿cuándo sale? — añadía tras largo divagar sobre las cosas mas antitéticas. — Creo que nunca — contestaba el joven. — He visto á todos los editores de Madrid. Como si no. El uno me dice que no edita novelas; el otro, que tiene muchos libros en prensa y que *por ahora* no puede comprometerse á nada. Uno hubo que, creyendo hacerme un gran favor, me ofreció... ¡ cien pesetas ! Cuando le digo á usted que ser escritor en España es peor que ser barrendero... — D. Cándido discurrió extensa y disparatadamente sobre las letras, citando á Cervantes, que *no cenó cuando terminó el Quijote*, á fin de consolar al joven escritor. D. Cándido no era mal hombre. Se parecía á la nuez: áspero y grosero en la forma, pero blando en el fondo. — Bueno, hasta luego — dijo finalmente, y se fué.

Leopoldo levantó los ojos al cielo. — ¡ Vaya un día ! — murmuró liando un cigarrillo y echándose indolentemente sobre el diván. — Sus ojos, de un azul claro, cuyas miradas parecían surgir del mundo de los recuerdos, seguían los serpenteos del humo

que se difundía, lenta y pesadamente, por la habitación.

Su semblante pálido, con la palidez del marfil viejo, mostraba prematuras arrugas; sus ojeras brillaban con oscuros visos metálicos, y en las comisuras de sus labios dormía congelada una sonrisa irónica, reveladora de un carácter desdeñoso, pero dolorido.

Aquel temperamento neurósico libraba diariamente un combate con la fatalidad que le perseguía como una querida celosa. Á fuerza de sufrir había logrado dominar sus pasiones. Sin embargo, á veces sentía que se agitaban en su espíritu como fieras que se mueven impacientes de un extremo á otro de la jaula que las aprisiona.

La naturaleza había sido injusta con él por lo mismo que era bueno. Á pesar de sus escasos recursos, favorecía á cuantos iban á él en demanda de socorro. Daba clases, cuyo producto apenas si le permitía vivir.

— La naturaleza se enamora con odio de los que tienen talento — pensaba al considerar sus muchos infortunios, que él se guardaba muy bien de contar á nadie. Padecía extraordinariamente á causa de su exquisita sensibilidad nerviosa.

Era pesimista, no á la manera metafísica de algunos, sino al modo de los que ven con ojos microscópicos la vida y sienten en sus carnes las mordeduras del dolor y de la desgracia. Recordaba su existencia toda: para él no había habido ni satisfacciones ni alegrías. ¿ Qué había sido su niñez ? Una serie

de travesuras caseras. ¿Qué su juventud? Una cadena de estrecheces, de contrariedades. Él no tuvo, de niño, ni juguetes ni amiguitos con quien solazarse. A los quince años entró su primer amor. Fué correspondido; pero tan pronto como lo supieron los papás de la chica, trocaron en elegía aquel idilio, fresco y sano como los aires primaverales del campo.

Lloró mucho y... se echó una querida, la cual, nerviosa y lasciva como él, le abandonó, al año, por otro. — Leopoldo ya no me gusta — decía á sus amigas. — Se ha puesto muy delgado y muy feo.

Estos amores tumultuosos dieron al traste con su naturaleza, enclenque de suyo. La neurosis tomó proporciones alarmantes. Llegó á sentir miedo hasta de su propia sombra. Se entristecía sin motivo, como una histérica, y de pronto, sin que razón alguna lo justificase, se encolerizaba ó reía estrepitosamente. La cabeza le dolía y una profunda inquietud le devoraba. Deseaba que el tiempo volase. Si estaba en casa, suspiraba por hallarse en la calle, y á la inversa. Le fué necesario ver á un médico que le recetó la farmacia entera. — Usted tiene un temperamento muy sensual. Hay que olvidarse de las mujeres por algún tiempo y alejarse de todo aquello que despierte en usted vivas sensaciones. No lea usted, de noche sobre todo, novelas de pasión. Método, mucho método y duchas frías en la espina dorsal y en los riñones. Y ya usted sabe: la mujer... como si no existiera.

Al poco tiempo, olvidándose de los consejos de la ciencia, se echó otra querida. Trataba de matarse entregándose á los desenfrenos del deleite. Tornóse

insoportablemente hipocondriaco. El trato de las personas cultas y honestas antojábasele ridículo y cursi. Gustaba de las lecturas acres, calientes y puuzantes. Mucho Zola, mucho Heine, mucho Baudelaire.

Su padre le reñía porque no iba á clase. — ¡Que yo me esté sacrificando para que tú derroches el tiempo y la salud en orgías! — exclamaba. — Sé, por el catedrático de anatomía, que no asistes á su cátedra. Y á la de fisiología tampoco. — Tiene usted razón — contestaba — pero prometo cambiar de vida.

En vano se proponía cumplir. Luchaba consigo mismo. La voluntad no le obedecía. No podía leer dos páginas seguidas. Su atención, como una mosca borracha de calor, estaba adormecida. Su pensamiento, embotado se diluía en el ocio como una pincelada gris sobre un fondo blanquecino. Lloraba de ira. — ¿Por qué no me parte un rayo? — Y se arrojaba sobre la cama vestido y todo, oprimiéndose las sienes con la almohada. Así permanecía largo rato. Súbitamente se levantaba enardecido por una ráfaga de carnal deseo. Recordaba todas las mujeres fáciles que conocía. Luego se echaba á la calle... Lo mucho que fumaba influía en su exaltación mental. El cigarrillo le distraía.

Á la hora, volvía ojeroso y demacrado. El arrepentimiento, unido á un asco invencible, le visitaba. Se preocupaba mucho del estado de su salud. — Con estas píldoras — se decía — y un poco de régimen, á la vuelta de un par de meses, tan campante. Y un ligero temblor recorría como un relámpago sus labios.

La carencia de un ideal fijo que estuviese en consonancia con sus gustos é inclinaciones no dejaba de ser un factor poderoso en los desórdenes de su vida. No era activo ni trabajador. Soñaba á ratos en graduarse de médico tan pronto como la enfermedad le permitiese dedicarse al estudio. Más tarde se casaría. Estas pasiones de la carne — pensaba — aniquilan el espíritu y matan el cuerpo.

Mostrábase intransigente en sus juicios. Para él no había término medio. Ó todo negro ó todo blanco. Devolvía las impresiones exagerándolas, bañándolas con claridades de incendio ó lobregueces subterráneas.

Sus padres, al fin y á la postre, determinaron echarle fuera del país. — Veamos si al influjo de otro clima, mejora. Si no, se nos muere. Y sería una lástima, porque el chico no tiene pelo de tonto. — Y le mandaron á París. La mesada que le giraban era mezquina. Apenas si le alcanzaba para comer y albergarse.

Permaneció en París dos años. Vivía en el alegre barrio latino. Solía pasarse las horas en el Museo del Louvre, cuando no en seguir á cuantas grisetitas veía. Su salud fué de mal en peor.

Al cabo se aburrió de aquella vida monótona que hacía. Á París se viene con dinero ó no se viene. Vivir sin un franco en esta Babilonia es como ver un banquete cuando se tiene hambre al través de cristales. Y se vino á Madrid con lo puesto.

Su temperamento literario, original y brillante se desarrolló vigorosamente en aquel medio social. Se

saturó de modernismo. Escribió una vez un artículo, que publicó *El Figaro*, luego de corregido, con aplauso. Era un cuento humorístico, á través de cuyas nubes de melancolía pasaban culebreando mucosas de risa.

Una tarde, en vísperas de salir de París, se paseaba á orillas del Sena, á la sazón en que sacaban el cadáver de un ahogado. Semejante espectáculo le entristeció mucho, mayormente cuando supo que era un joven pintor que se había suicidado por hambre. Al día siguiente fué á la *Morgue*, donde contempló largo rato, con escalofríos de estupor, el cuerpo desnudo, veteado de verdosas manchas y papandujo del pobre artista...

París, con sus ruidosas alegrías, sus grandezas insolentes, sus refinados vicios, se le volcaba encima como una mole de luminosa pedrería. ¡Qué soledad la que reinaba en su espíritu cuando en lo silencioso de la noche vagaba por el ancho *boulevard* envuelto en la niebla! La melancolía de los recuerdos le iba invadiendo poco á poco, y ante sus ojos veía pasar su juventud entera, su juventud marchita y desolada... Pensaba en el suicidio. En aquel emporio de todo lo grande, la idea de la muerte tenía no sé qué misterioso atractivo.

El coloso dormía profundamente. Leopoldo experimentaba un placer extraño, mezcla de miedo y de admiración romántica, al escuchar la respiración oceánica de la ciudad enorme que reposaba de las faenas del día.

II.

La lluvia había menguado. Una ligera llovizna, como cristal pulverizado, caía con intermitencias. Leopoldo estaba aquella tarde más triste que de costumbre. Pensaba sin querer en el joven pintor ahogado en el Sena. Frente á su balcón se detuvo un organillo, cuya música monótona y pegajosa, arras-trándose melancólicamente hasta el oído, despertaba en su espíritu lejanas y taciturnas memorias.

La hora de la cita había pasado. Realmente él no estaba para gastar fluido nervioso. Al día siguiente de pasar una mala noche se sentía quebrantadísimo, con fuertes dolores de cabeza, mucho amargor en la boca, vahidos y... grandes ganas de pegarse un tiro.

El erotismo era su idea fija. Inventaba aberraciones concupiscentes y vergonzosas.

—Estos amores —pensaba— tienen que acabar. Pero ¿cómo? ¿Tengo yo acaso voluntad? ¿Olvido que soy un juguete de mis pasiones? Luego ¡es tan generosa! — Y la veía idealmente con su camisa de seda, al través de la cual se dibujaban tentadoras morbideces.

Á pesar de la pérdida de su sentido moral, protestaba, en lo oscuro de su conciencia, contra el amor de aquella adúltera adorable.

Despertáronse en él ardientes celos por el marido. Cuando le hallaba en el teatro le devoraba con los ojos. Le tenía miedo. ¿Por qué? No lo sabía. No

temía á sus puños. Le temía porque se había contaminado con las zozobras y los remordimientos de su querida. Poco se le daba tener que habérselas con él, frente á frente. Pero aquel mismo silencio del marido — silencio que respondía á la ignorancia en que estaba respecto de la infidelidad de su esposa — le imponía cierto indefinible respeto, en cuyo fondo latía la envidia y el rencor. — Si yo fuera rico — pensaba — ¡qué había yo de consentir estas farsas humillantes! Me iría con ella lejos de la presencia de ese estúpido.

Luego, pasándose la mano por la frente y cimbreando la cabeza, añadía: — ¡Tener que fingir al mundo y tener que fingir á ella! Al mundo porque es un hipócrita; á ella... porque ¡ay! si supiese mis miserias, rayanas en lo ridículo, mis amarguras!... Si ella supiera que no he ido hoy á verla porque no tengo... ¡ni para el coche! — Y mordía una sonrisa de desprecio por sí mismo, que se le escapaba de los labios como una lengua de gas cuando se tuerce la llave.

Tocaron á su puerta. Era una carta. La abrió y miró la firma. Después leyó, pálido y anheloso. Era de ella que se quejaba de su informalidad, anuncio evidente del amortiguamiento de su amor.

« No volverás á verme — le escribía. — Tengo yo demasiado orgullo para que nadie me desdeñe. Adiós. » Rugió de ira, estrujando la carta. Luego se sentó á la mesa y vomitó sobre un pliego de papel cuantas injurias y lirismos se le vinieron á la pluma. — ¡Esto es brutal! — pensó, pasada la impresión del

momento. Luchaba entre lo que sentía en aquel instante y el miedo de perderla para siempre. — ¡No contesto nada! — gritó tirando la pluma. — ¡Que me escupan si vuelvo á acordarme de semejante... esperpento! — Pero la ola de sus caricias le subía al cerebro rompiéndose en espumas de tormentosos recuerdos...

Le asaltaban temores extraños. ¿Si se irá de Madrid? — pensaba. — ¿Si me sustituirá con otro? Ya la veía en brazos de un rival, desfallecida, entrecortada la respiración, prodigándole sus mimos, aquellos mimos que le sumían en un sopor anestésico... Daba por hecho lo puramente imaginario. Ya era una infame, doblemente adúltera, que se entregaba á todos, por vicio. Asomóse al balcón cuando acertaba á pasar un joven, elegante y guapo. ¿Si será ese su nuevo amante? — cavilaba mirando con profundo odio al indiferente transeúnte. — ¡Yo estoy loco! — sollozó arrojándose nuevamente sobre la cama, víctima de un temblor nervioso... Y vuelta al recuerdo del ahogado.

III.

Pasaron algunos días. La inteligencia de Leopoldo se embotaba lenta y gradualmente. Cuando se conmovía las palabras le salían dificultosamente de la boca como si fuesen de estropajo.

Creía que tenía la lengua hinchada. Le hormigueaban los labios, las manos, los brazos y los pies.

Andaba con andar brusco, torcido y vacilante. Sus movimientos eran inciertos é incoherentes. Se afligió mucho y discurrió disparates imposibles. La parálisis se apoderaba de él por momentos.

Había llegado á cogerle miedo. Cuando él, abriendo sus grandes ojos, que miraban extraviadamente, la amenazaba con matarla si la sorprendía con otro, ella sentía impulsos de saltar de la cama y de echarse á correr. Por otra parte, ¡decía tantas cosas sin pies ni cabeza! ¡La proponía tales infamias...! ¿Á qué venía eso de estar siempre hablando del ahogado que vivió en París?

Una noche tembló como la hoja en el árbol. Notó que le rechinaban los dientes y que lengüeteaba mucho como si chupase un caramelo. Unido esto al hundimiento de sus facciones, que parecían untadas con barniz amarillo, á los gestos que hacía involuntariamente y á sus delirios hipocondriacos que se tornaban en raptos de locura, la pasión cedió el paso al temor y á la desconfianza.

La pegaba sin motivo. Hallaba cierto deleite morboso en verla llorar y en tildarse á sí mismo de cobarde. Luego la besaba, la mordía; la suplicaba que lo perdonase. — ¡Soy un desdichado! ¡Tenme lástima!

Temo — reflexionaba ella — que un día se me quede muerto en los brazos. ¿Cuál no sería mi conflicto? Vendría la justicia, y mi deshonor correría de boca en boca... ¡Jesús, qué horror! — Y resolvió firmemente, ante esta idea, concluir para siempre.

Había roto definitivamente con la querida. Ella lo

quiso. Buscó un pretexto para poner término á aquella pasión lírica y enfermiza, y echó mano del primero que se la presentó. — Es demasiado romántico, y lo que es peor, padece del cerebro... Temo que cualquier noche me estrangule.

Poco á poco fueron pervirtiéndose en Leopoldo las facultades afectivas. Estaba sordo para el amor.

Sonaba con inverosímiles grandezas. — ¡ Ah, si yo fuera emperador, qué gran tirano sería ! Se obstinaba en que era objeto de persecuciones. Todo el mundo le odiaba : y á imitación de aquel abate que, creyéndose un grano de cebada, no quería salir de casa por miedo á que se le comieran las gallinas, determinó no salir á la calle por miedo á la policía...

El recuerdo del ahogado le zumbaba en la cabeza como una tromba.

IV.

Era una tarde nebulosa de invierno. La parálisis llegaba á su fin. Apenas podía hablar ni moverse. Temblaba como si tiritase de frío. — Vamos, no se aflija usted. — le decía D. Cándido. — Leopoldo abría lentamente los ojos, aquellos hermosos ojos azules de los que se exhalaba como un polvillo de irredimible tristeza. — Pero, ¿ qué tiene usted ? — agregaba, alarmado por el silencio de muerte del paralítico. — Oiga usted., si ocurriese alguna desgracia, ¿ á quién quiere usted que se le avise ? — Leopoldo le echó una mirada de profunda lástima. ¿ Qué sabía aquel

bruto del efecto que sus palabras podían causar en el alma del moribundo ? — ¿ Quiere usted una copa de vino añejo ? ¿ Se la traigo ? ; Verá usted qué bien le sienta ! Eso es frío.

Cuando volvió, Leopoldo había muerto víctima de un derrame seroso.

La noche del mortuorio estaba D. Cándido más borracho que de costumbre. Tenía sendas botellas ; una de aguardiente y otra de Jerez, en los bolsillos de la americana. Á cada uno de los huéspedes le contó minuciosamente el caso. Á medio cuento, sacaba una botella. — Vamos, una copita. ¿ Qué prefiere usted, aguardiente ó Jerez ? — Y acto continuo se zampaba un par de tragos de alcohol.

Después venía la patrona. — Yo siempre lo decía : ese chico estudia mucho y los que estudian mucho, acaban mal. — ¿ Qué entiendes tú de eso, *inorante* ? — silabeaba D. Cándido, tambaleándose... Y marido y mujer se ponían como chupa de dómene...

Cuando el cortejo fúnebre, compuesto de unos cuantos amigos, llegaba al cementerio, una hermosa mujer, vestida de luto, se apeaba de un carruaje, secándose las lágrimas con el pañuelo.

— ¡ Era ella, la adúltera ! — Había sido un loco, es verdad ; ; pero la había querido tanto !...

LA ÚLTIMA ILUSIÓN

POR

JULIÁN DEL CASAL